

CLASES, CRISIS POLÍTICA Y EL PROBLEMA DEL SOCIALISMO EN CHILE¹

Uno de los temas que plantea Cardoso,² y quizás el de mayor significación para el proceso actual que vive América Latina, está constituido por el análisis de la posibilidad de la revolución burguesa. Esta posibilidad, desde luego, no sería la misma para todos los países de América Latina, por el distinto carácter que asume en cada uno de ellos. Sin embargo, Cardoso apunta que esta alternativa de una revolución burguesa, o más bien, de una nueva forma de la revolución burguesa, estaría abierta en aquellos países que se organizaron en términos de lo que en otros trabajos se ha definido como *capitalismo industrial* dependiente, y que sería la forma de desarrollo capitalista viable, hoy en día, en los países de la periferia. Este tipo de capitalismo tiene modalidades distintas según el país a que se haga referencia; es así como Cardoso señala que quizá no sea posible hacer mención al conjunto de América Latina, sino que habría que seleccionar solamente dos o tres países cuya comparación sea factible, o bien efectuar un análisis país por país para ver más tarde las posibilidades de una comparación.

¹ Versión preliminar de la ponencia presentada en el Seminario “Clases y crisis política en América Latina”, realizado en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México, 1973.

² F. H. Cardoso, “Clases y crisis política en América Latina”.

Ahora bien, ¿cuál sería el valor de analizar esta posibilidad de la revolución burguesa? En la medida en que se explicitan las características, tanto estructurales como superestructurales, que hacen posible esta revolución, se podría comprender la naturaleza de las burguesías locales y, fundamentalmente, de sus alternativas políticas. Veamos cómo surge este problema dentro de la temática de Cardoso.

Una serie de estudios realizados en América Latina, tanto en los años anteriores a la década de los sesenta, como en sus inicios, se movían en términos polémicos sobre la significación de las burguesías nacionales en lo que se llamaba, en esa época, *el proceso de desarrollo latinoamericano*. Este tema, a su vez, aparecía estrechamente vinculado a la mayoría de los planteamientos políticos existentes en la región. La discusión, en términos muy concretos, giraba alrededor de la posibilidad de una revolución de tipo nacionalista antiimperialista, donde el sector más significativo fuese la burguesía nacional. Los estudios que iniciaron la crítica a esta alternativa, en alguna medida, dieron por sepultado el papel de las burguesías nacionales. Sin embargo, como señala Cardoso, el hecho de que haya desaparecido en América Latina la posibilidad de un desarrollo en términos de una hegemonía de las burguesías nacionales, y en contradicción con el imperialismo, no significa, de hecho, que la burguesía como tal haya desaparecido. Más específicamente, Cardoso plantea que el tipo de alianza que constituye la burguesía nacional se habría transformado en la mayor parte de los países latinoamericanos; el papel de las burguesías sería otro, no apareciendo ya en términos de una posible contradicción con el imperialismo, sino, fundamentalmente, en alianza con el imperialismo. Algo significativo es, entonces, que la alternativa de desarrollo capitalista se ha modificado, pasando a ser un capitalismo industrial dependiente donde la burguesía nacional pasa a definir, en todo este proceso, sus alianzas con los distintos sectores.

Si bien es cierto que la situación a la cual alude Cardoso es la de algunos países importantes del área, en términos concretos hace referencia fundamentalmente a Brasil, pero también incluye

a México, Argentina y otros países; también anota que la situación de tres países latinoamericanos —Cuba, Chile y Perú— es totalmente distinta. Allí, afirma, la relación entre las clases y la política se constituye de una manera distinta a como ocurre en el resto de los países latinoamericanos.

La mayor dificultad que enfrentaremos en las notas que vamos a desarrollar a continuación es que el autor simplemente señala la diferencia entre el proceso de desarrollo en el sentido más amplio de estos tres países y aquellos que constituyen el centro de su enfoque. Sin embargo, quisiéramos revisar en qué medida el tema de la revolución burguesa posible no se puede plantear para los países que él señala como diferentes.

El hecho parece obvio en la referencia a Cuba, pero no lo es tanto en lo que respecta a Chile y Perú. La exclusión de estos tres países se justificaría en el planteamiento de Cardoso, porque en ellos habría un tipo distinto de relaciones entre las clases y entre las clases y la política. Si esto es así, y si el problema que se plantea para estos países no es el de la revolución burguesa posible, ¿hasta dónde no podría señalarse que el tema que surge es el de la “posibilidad de la revolución socialista”? Por lo menos en el caso de Cuba y en el de Chile contamos con declaraciones explícitas de que esa es la intención de sus gobernantes; en ambos casos, los gobiernos declaran estar comprometidos, uno, el caso de Cuba, en la construcción del socialismo, y el otro, en generar por lo menos la transición hacia el socialismo —esto en sus versiones más moderadas. El caso peruano, evidentemente, es diferente, y no sólo en el plano de las declaraciones verbales de los actores del proceso. En las notas que desarrollaremos a continuación queremos hacer referencia exclusivamente al caso chileno, intentando recuperar algunos elementos planteados por Cardoso que nos permitirán precisar el punto de análisis que sería, a nuestro juicio, la particularidad de la relación de las clases con la política y, más específicamente, la particularidad de la relación de la clase obrera con el resto de las clases y de la clase obrera con la política, o para decirlo en términos más fuertes, en su relación con el poder.

El tema de la posibilidad del socialismo nos obliga a plantearnos cuándo surge históricamente esta alternativa; es decir, a partir de cuándo podría constituirse un periodo cuyo rasgo definitorio fuese la presencia de una situación revolucionaria latente. Naturalmente, el tema de la alternativa socialista no surge exclusivamente para Chile en 1970, y parece evidente que trata de la irrupción de un proceso que tiene larga data. Retomando el parangón con la temática de Cardoso, así como el tema de la revolución burguesa posible, podemos, a partir de esa interrogante, rastrear sus posibilidades de advenimiento en la historia y señalar que lo que aparece como alternativa es una modalidad de dominación que estaba ya presente en la forma anterior; del mismo modo, el problema del socialismo como alternativa no es un problema que haya surgido en fecha reciente, sino, por lo menos en Chile, en una época bastante anterior a 1970. A este respecto es interesante recordar que en la tradición política chilena, e incluso en el análisis sociológico e histórico, siempre fue señalado como punto de debate la significación que pudo haber tenido, y que mantiene, la experiencia del Frente Popular chileno de 1938. El problema planteado es si esa experiencia de 1938, que duró aproximadamente hasta 1947, con distintas alternativas, como veremos más adelante, debe ser considerada un mero antecedente histórico o en sí misma encierra otro significado. Incluso en la política chilena actual se ha señalado la necesidad de superar la experiencia frentista de avanzar más allá, o simplemente cortar con la tradición frentista, que a juicio de algunos significó precisamente una especie de traición a la alternativa del socialismo en esa época. En cambio, otros grupos preconizan una prolongación del Frente Popular. Cualquiera sea la posición o el juicio político que se tenga frente a 1938, el hecho concreto es que cuando se hace referencia a la experiencia actual, es decir a los años que se inician en 1970, de un modo u otro, siempre se tiene presente el significado del Frente Popular. La participación política y el modo de relación entre las clases parecen decisivos, ya sea para superarlos o, simplemente, para intentar reproducirlos.

Si quisiéramos retomar la conceptualización que utiliza Cardoso en su trabajo, aparece como determinante en el análisis la posibilidad de comprender el movimiento de las clases. A juicio de Cardoso, no bastaría con determinar en forma casi taxonómica quiénes componen una clase, o qué categorías son las que determinan la pertenencia o no pertenencia a una clase. Evidentemente esta primera parte constituye un paso importante, pero fundamental sería, a juicio del autor que comentamos, el análisis del movimiento de las clases; y éste debería ser captado en términos de las relaciones de contradicción y de negación. No queremos entrar aquí en la discusión, que todos ustedes conocen y manejan mejor que nosotros, sobre el problema de una dialéctica de la contradicción o una dialéctica de la negación, tema que incluso separó a corrientes del marxismo. El problema principal para Cardoso parecería estar planteado en el análisis de la negación, y sobre todo en el concepto de negación de la negación. Sin profundizar en estos temas, y simplemente tratando de utilizarlos, la pregunta para el proceso chileno podría plantearse en los términos siguientes: ¿Cuándo surge la contradicción que hace posible el socialismo como alternativa? ¿Cuándo el proletariado se constituye en la posibilidad de la negación de la dominación burguesa? El análisis de la contradicción quizás se refiera principalmente a los niveles estructurales, pero lo que hace posible la alternativa del socialismo es fundamentalmente el surgimiento de una clase que se constituye como la negación de lo que la niega. El proletariado aparece negado por la dominación burguesa; por su condición, surge como un intento de negar esa negación. Una vez señalados estos hechos —surgimiento de la contradicción y forma que asume la negación—, deberían analizarse las particularidades que adquieran las relaciones entre las distintas clases en el periodo asignado por esta contradicción y por esta forma de la negación. Cardoso, en el artículo que estamos comentando, insiste en que uno de los aspectos principales en este análisis es señalar los rasgos políticos que asume la relación de poder. Coincidimos en este planteamiento y nos interesa fundamentalmente,

para al caso chileno, privilegiar el análisis político de la relación de poder entre burguesía y proletariado.

Queremos analizar, en una primera parte, el tema de la crisis del sistema oligárquico y los orígenes del enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado. En otros trabajos³ hemos establecido cómo el denominado *sistema oligárquico burgués* hizo crisis alrededor de los años veinte. Es necesario destacar entre paréntesis lo impreciso de la denominación “oligárquico burgués”; con ello simplemente queríamos anotar, en esos momentos, que si bien la clase que ejercía la dominación era fundamentalmente una clase a la cual podíamos connotar como clase burguesa, con fuertes vinculaciones a las actividades financieras y comerciales, sin embargo, el modo político de la dominación aparecía como un modo oligárquico. En esta doble clasificación de oligárquico y burgués queríamos revelar que el contenido de la dominación de clase era de carácter burgués y la forma de la dominación era una forma oligárquica.

Decíamos que esta dominación oligárquica burguesa en Chile había hecho crisis alrededor de la década de 1920 y se citaba, en los trabajos a los cuales hacíamos referencia, una serie de determinantes variados y de efectos complejos, tales como la caída de las experiencias salitreras, la pugna entre los grupos dominantes por articularse con el imperialismo estadounidense en reemplazo del inglés, etc. Al respecto, si bien la dominación oligárquico-burguesa tenía formas económicas diversificadas hacia el interior, dependían fundamentalmente de las exportaciones salitreras, y ya se había constituido, en alguna medida, como una burguesía monoexportadora, manteniendo sin embargo alguna significación en las exportaciones agrarias. Pero, de hecho, el grueso de las entradas económicas provenían de las exportaciones de salitre. La economía salitrera parecía estrechamente articulada al sistema económico inglés. Ahora bien, los efectos de la Primera Guerra Mundial fueron bastante graves. Por una parte, como señalába-

³ E. Faletto, E. Ruiz y H. Zememann, *Génesis histórica del proceso político chileno*, Santiago de Chile, Quimantú, 1971.

mos, la invención del salitre sintético había empezado a desplazar con fuerza las posibilidades de las exportaciones chilenas de salitre natural; por otro lado, la potencia inglesa había perdido significación y empezaba a adquirirla, por lo menos en relación con Chile, la economía norteamericana. El desplazamiento de los ingleses por los norteamericanos era previsible a corto plazo, tanto en el campo financiero (desplazamiento de la Banca Rothschild) como en su calidad de agente financiador del Estado.

Otro de los elementos que tuvieron significación para la crisis de la dominación oligárquico-burguesa fue la influencia que ejercieron la Revolución Rusa y los procesos políticos europeos entre 1917 e inicios de los años veinte. En efecto, todos estos movimientos, tanto rusos como europeos, contribuyeron al ascenso de la movilización de los sectores obreros y fundamentalmente de los sectores vinculados a la actividad minera. Por otra parte, en la historiografía tradicional también se cita a menudo, como elemento determinante, el surgimiento de los sectores medios, que pasaron a jugar un papel mucho más significativo en el ámbito de la política. Sería largo reseñar la serie de procesos y de crisis políticas que se dieron como consecuencia del rompimiento de las formas oligárquico-burguesas de dominación. Incluso estos hechos contribuyeron a dar origen a una efímera república socialista, que duró 12 días y cuyo impacto en la formación de la conciencia política de los más vastos sectores recién empieza a estudiarse. Aunque de alguna manera se ha iniciado un proceso que podríamos llamar de “rehabilitación del significado de la república socialista de los 12 días”, se puede señalar como hecho importante que muchos de los protagonistas de la república socialista tuvieron durante largo tiempo extraordinaria significación en la formación del proceso político de izquierda en el país. Queremos apuntar que la crisis que se inició, como decíamos, en los años veinte, se vio agravada con la crisis económica de 1929. Esto implicó, en términos económicos, una caída mucho mayor aun del sector exportador, la minería salitrera, y en consecuencia una agudización fuerte de las tensiones entre las distintas clases sociales. Todo este proceso de enfrentamientos entre sectores

sociales, o entre fracciones de clases, a veces implicó que se impusiera, como salida al proceso de la crisis, una alianza política que a su vez significaba una alianza entre el grupo constituido por los representantes de los sectores propietarios agrícolas, los sectores de la burguesía comercial y financiera, y de la burguesía industrial existente, con los representantes de los grupos medios.⁴ Parecía que el objetivo inminente de esta alianza —de sectores medios, burguesía y propietarios agrícolas— estaba constituido por la intención de hacer pagar el costo de la crisis a los sectores más desposeídos.

En la alianza con los sectores medios es evidente que también pudo haber influido el temor, en ese entonces, al denominado “desorden”, representado por los movimientos de masas y por la movilización del proletariado. Quizás, desde un punto de vista económico, la intención principal fuese, como señalábamos, hacer caer el peso de la crisis en los sectores de menores ingresos o más desposeídos. Por lo demás, la posibilidad de descargar el peso de la crisis en uno de los sectores populares se vio favorecida por el hecho de que el grupo más organizado de los sectores populares, el sector minero, se había visto profundamente afectado por el impacto de la crisis, lo que produjo en esos años una cesantía y un principio de migración desde los sectores mineros del norte hacia la capital, es decir, hacia el centro del país. Lo concreto es que los grupos más representativos de la clase obrera, los grupos mineros, que podrían haber hecho resistencia a la política de la burguesía y de los sectores medios, por el hecho de ser a su vez los más afectados, habían perdido su capacidad de organización, y por lo tanto de resistencia. Sin embargo, es necesario, además, subrayar que en la crisis de los años 1929-1930 también hubo cambios en los grupos dominantes. Esta crisis implicó un proceso de estancamiento agrícola en Chile. La caída de los mercados extranjeros, que hasta esos momentos habían recibido parte de la

⁴ Sobre el tema, y en relación con muchos aspectos de la revolución política chilena, véase A. Pinto, “Desarrollo económico y relaciones sociales”, en *Chile hoy*, México, Siglo XXI, 1970.

producción agrícola chilena, acarreó graves dificultades para los sectores agrarios exportadores. Por otra parte, la crisis había significado, a su vez, una severa restricción de los mercados internos.

Si bien es cierto que la economía chilena funcionaba desde hacía un tiempo en términos de las exportaciones salitreras, la economía agraria seguiría teniendo significación. Pero la crisis del 29 a la que hacemos referencia, implicó que el proceso de pérdida de significación de la economía agrícola se acelerara de un modo bastante fuerte. La mayor parte de los economistas y de los historiadores de la época ha señalado que a consecuencia de la crisis, por las dificultades derivadas de la exportación, fue necesario cambiar, crear y desarrollar un sector industrial, dado que no se contaba con divisas para mantener el *quantum* de importación de bienes industriales que el país requería. Por consiguiente, y en función de la crisis de 1929, debió necesariamente iniciarse el proceso conocido en América Latina con el nombre de *sustitución en la importación*.

Tenemos entonces, por un lado, que el sector agrario, que había sido uno de los aliados eficaces de la forma de la dominación oligárquico-burguesa, empezaba a perder significación, proceso que se vio acelerado por la crisis; por otro lado, se transformaba internamente la burguesía —que constituía el otro elemento o el otro grupo significativo de la dominación—, y adquiriría, o empezaba a adquirir, cierta importancia el sector industrial.

Como es obvio, estos hechos implicaron cambios decisivos en la correlación de las clases dominantes; pero nos interesa subrayar que la dominación burguesa, en su expresión política, dependía fundamentalmente de la capacidad de alianza con los sectores medios. Si el eje de la dominación estaba constituido por sectores terratenientes, propietarios agrícolas, por sectores de la burguesía comercial, financiera, e incluso por esta nueva burguesía industrial, la capacidad de ejercer la dominación quedaba limitada a la posibilidad de establecer una alianza con otros grupos sociales. Incluso el mismo cambio en la correlación de fuerzas implicó que los distintos sectores de la burguesía intentaran incorporar a nuevos socios, por así decirlo, dentro del pacto político. Estos

“nuevos socios” fueron los sectores medios, representados por los partidos radical o demócrata de la época. La alianza política y social a la que estamos haciendo referencia, si bien se había constituido en términos de un fundamental acuerdo para impedir el “desorden” representado por los sectores populares, no iba a soportar por mucho tiempo una política de restricción del gasto público. Nos interesa en este caso anotar que los sectores medios, inicialmente al menos, estuvieron de acuerdo en constituir una alianza política con los sectores de la burguesía y descargar el peso de la crisis en los sectores populares. Sin embargo, en la medida en que las políticas económicas que la burguesía iba a pronunciar, fundamentalmente las políticas de restricción del gasto público, no eran aceptables para los sectores medios, puesto que implicaban una restricción de la actividad del Estado, organismo al cual los sectores medios estaban estrechamente vinculados, fundamentalmente los sectores de carácter burocrático; los grupos medios, si bien es cierto se constituyeron inicialmente como aliados de la burguesía, serían bastante inestables en términos de la alianza. Mantengamos por ahora destacada esta necesidad de alianza de la burguesía con los sectores medios para constituir una forma de dominación política.

Si podemos hablar ya en esa época —alrededor de los años treinta, fundamentalmente a partir de 1932— de una dominación de contenido y carácter burgués, esto no implica que el otro polo estuviese constituido en ese entonces exclusivamente por el proletariado, ni siquiera que el proletariado apareciera como hegemónico en el enfrentamiento a la burguesía. A primera vista parecería que los sectores medios simplemente aparecen cambiando de un grupo hegemónico o otro, de una burguesía hegemónica a un proletariado que pudiera también postularse como hegemónico. Para caracterizar mejor los fenómenos a los cuales estamos haciendo referencia, es interesante revisar la definición que daba de sí mismo uno de los partidos que en aquellos años se definía como vanguardia política de la izquierda: el Partido Socialista. En una declaración establecía:

[...] la base del Partido Socialista proviene de la clase obrera, de los sectores medios, campesinos pobres, pequeños agricultores, peones, obreros simples, obreros calificados, artesanos, profesores, técnicos, pequeños industriales, pequeños comerciantes, universitarios, es decir, los que viven de su trabajo, salario, jornal o pequeña renta [...]

Creemos que esta heterogeneidad en la composición del partido incidía también en el carácter que se atribuía al enfrentamiento. En la misma declaración, se señalaba también: “[...] no se viene a nuestro partido porque se sea intelectual u obrero; se viene porque se ha adquirido conciencia revolucionaria del actual momento histórico”, lo que aparece, fundamentalmente, como una definición del momento político, económico y social que estaba viviendo el país. Este “momento” se definía en términos de “situación revolucionaria”, donde el enfrentamiento principal aparecía como un enfrentamiento en contra de la denominada *oligarquía nacional*, constituida por latifundistas, grupos vinculados a la banca y oligarquía financiera. Además, el enfrentamiento se daba en contra del llamado *capitalismo financiero*, definición que lograba caracterizar uno de los extremos de la contradicción, en tanto que el polo opuesto era caracterizado simplemente como “el pueblo”. Subrayemos que esta oposición entre pueblo y oligarquía era concebida como revolucionaria; pero no hay referencia en esta caracterización a una hegemonía de la clase proletaria. De hecho, era la voluntad del partido lo que transformaba al conjunto del pueblo en revolucionario. Es de destacar, entonces, que en la oposición a la dominación oligárquica se preconizaba la participación de los más distintos sectores, englobados bajo la categoría de “pueblo”, al cual se le suponía una voluntad revolucionaria, expresada fundamentalmente por el partido, que se constituía a su vez por esta misma heterogeneidad de grupos a la cual hacíamos referencia. Es importante subrayar que en el interior de la unidad entre los distintos grupos, es decir, en el interior de esta “unidad revolucionaria” que se preconizaba, no aparecían los conflictos como diferencias entre clases, sino entre partidos.

Esta circunstancia, de concebir al partido como la voluntad revolucionaria del pueblo, implicaba la posibilidad de que otros partidos no compartieran esta voluntad de revolución. La pugna entre los revolucionarios y no revolucionarios era entonces una pugna entre voluntades expresadas por partidos más que una pugna entre intereses de clase. De modo, entonces, que a pesar de definir la situación revolucionaria, en la contradicción señalada no se mostraba una clase como capaz de expresar esta contradicción.

Otro hecho de importancia contribuyó a fundamentar la alianza entre distintos sectores sociales que más tarde culminarían en la alianza del Frente Popular. Este hecho fue el inicio de la lucha contra el nazismo. Al enfrentamiento interno entre oligarquía y pueblo se sumaba ahora un nuevo elemento, que era el enfrentamiento al nazismo como amenaza significativa no tan sólo en el plano mundial, sino también con expresión en el plano nacional. Ya se ha señalado en distintas oportunidades que este problema del enfrentamiento a un enemigo como el nazismo significó la aproximación, en el plano mundial, entre demócratas y marxistas. Uno de los elementos de importancia en esta posibilidad de acercamiento fue, como todos saben, el cambio de posición de la Tercera Internacional. El resultado concreto fue que por un lado se relegó a segundo plano el anticomunismo, y por otra parte se limaron las aristas de la lucha de clases; sin embargo, a pesar de lo confuso de las formas que asumió el enfrentamiento, en todo este período que llevamos reseñado, y sobre todo por la confusión en términos de las clases que aparecían o no como revolucionarias, es de justicia señalar que, por lo menos en el campo ideológico, la alternativa que se señalaba era la alternativa del socialismo. Tenemos entonces que a pesar de no darse hasta ahora una clara definición de las clases revolucionarias, la única alternativa aceptada como superación de la crisis era una alternativa socialista. La construcción del Frente Popular significaría, sin embargo, un cambio en este planteamiento.

Ya anotábamos que los partidos marxistas, y especialmente el partido socialista, concebían a todo el pueblo como revolucionario en la medida en que el partido asumía su dirección; sin em-

bargo, cuando se inició el Frente Popular, y por lo tanto se hizo necesario establecer una alianza con el Partido Radical, se empezó a reconocer que los sectores medios se veían expresados a través de este último partido. Por consiguiente, el fenómeno en el plano ideológico tendría un doble sentido: en el primer momento, todos los sectores sociales expresados a través del partido se constituyeron como sectores revolucionarios, ya fueran sectores medios o sectores obreros. En el segundo momento, del Frente Popular, los sectores medios encontrarían mejor expresión a través de un partido distinto, como el Partido Radical; pero eso no significa que se reconociera de hecho que el Partido Socialista, que ahora pasaría hipotéticamente a representar de preferencia a los sectores obreros, mantuviera como alternativa el socialismo. Se ha reconocido una diferenciación en la representación política cuando los sectores medios pasaron a ser representados por el Partido Radical; sin embargo, se empezó a dejar de lado la alternativa del socialismo... No deja de ser interesante el hecho de que la política frentista pasara a conciliar intereses de clases representados políticamente de modo diverso. Ejemplifica bastante la transformación que se estaba operando, la declaración realizada por el secretario general del Partido Socialista en el año 1938, en la cual se propiciaba un cambio de táctica en la propaganda del partido. Borrando todo extremismo demagógico o infantilismo revolucionario, estableciendo en los programas sólo aquellos puntos clave que podrán realizarse, estableciendo la socialización de la industria en estado de monopolio y las de necesidades públicas indiscutibles, estableciendo con franqueza el respeto y el control, para su mayor desarrollo y protección, de las actividades y propiedades de las llamadas *clases medias*, fueran del campo o de la ciudad. Se subrayaba que este compromiso no significaría no hablar más de revolución socialista, sino, por el contrario, “debemos afirmar nuestra fe en la acción para desarrollar la revolución socialista, pero sobre la base de un programa claro que les indique a esos sectores de clase media, qué vamos a hacer y qué no vamos a hacer”. De ésta y de otras declaraciones dentro del mismo tono se desprenden algunos aspectos clave. Surge, por una parte, el re-

conocimiento de la necesidad de atenuar el programa para lograr una alianza con los sectores medios; por otra, se reconoce que la alianza con los sectores medios significaba establecer un sistema de relaciones con la burguesía, en la medida en que el problema principal pasaba a ser el problema de la propiedad, definida en términos de propiedad burguesa. Más que incorporar medios a nuevas alternativas, lo que se establecía en la alianza era un nuevo acuerdo con la burguesía.

Analicemos ahora la experiencia del Frente Popular y la alianza de clases durante este período. Éste se constituye como una alianza entre los partidos Radical, Democrático, Socialista y Comunista, pero también se constituye como una alianza entre las clases que, conscientemente, pasaron a ser expresadas preferentemente por un partido u otro. El hecho de interés es que esta alianza de los partidos se vivió como alianza entre los sectores medios y la clase obrera. Sin embargo, creemos que sería más acertado pensar que dicha alianza traducía un modo de relación con la burguesía. Se ha señalado, a veces, que con la constitución del Frente Popular se dio un cambio en el equilibrio del poder del país. Algunos autores, Aníbal Pinto entre ellos,⁵ señalan que por un largo período la derecha perdió la posibilidad de ser cabeza o eje de combinaciones políticas; sin embargo, el mismo autor agrega que no por eso dejó de “actuar detrás del trono”. Lo que siempre ha permanecido como punto de controversia y discusión en el análisis del Frente Popular es hasta dónde realmente esta actuación fue en segundo plano, o dicho de otro modo, cuál fue la cuota real de poder que en términos políticos la derecha, o la burguesía, representó durante este proceso.

En la combinación política del Frente Popular, el Partido Radical pasó a jugar el rol central. Los presidentes designados durante este período pertenecieron siempre a este partido, pero, como lo han anotado varios autores, dentro del Partido Radical, la fracción que representaba a los grupos terratenientes ejercía una influencia hasta cierto punto decisiva. El Partido Radical se

⁵ A. Pinto, “Desarrollo económico y relaciones sociales”, *op. cit.*

había constituido como expresión del sector medio burocrático en algunos de los casos; pero también contaba entre sus miembros o sus adherentes con importantes sectores vinculados a la mediana y pequeña minería del norte y un importante sector de terratenientes de la zona sur del país. Estos últimos, por una serie de motivos, y entre ellos por su aparición relativamente reciente con relación a los sectores agrarios tradicionales, se representaban a través del Partido Radical. Es decir, este partido, que aparecía como expresión de sectores medios, también albergaba en su seno algunos grupos de carácter burgués, tanto mineros como grupos de terratenientes, de extraordinaria significación. Este último grupo tenía una importancia decisiva en la determinación de la política del Partido Radical. Es preciso enfatizar la presencia de éste, porque el problema agrario pasó a ser uno de los puntos clave para entender la alianza de clases que se da durante el período frentista.

A primera vista, la alianza dentro del Frente Popular y el *modus vivendi* alcanzado por la burguesía, esencialmente la industrial, al parecer habría generado una contradicción entre este sector de la burguesía y los propietarios agrícolas. En una primera aproximación podría caracterizarse el Frente Popular, y algunos así lo han hecho, como una alianza entre sectores medios y obreros, expresada políticamente, que buscaba una forma de relación o de convivencia con la burguesía; pero no con toda la burguesía, sino con una fracción de ella, principalmente con la nueva burguesía industrial. Esta caracterización supondría la presencia de una contradicción entre una burguesía moderna, para llamarla de alguna manera, y los sectores terratenientes, a los que se caracterizaba como tradicionales. La situación a la que estamos haciendo referencia no es sólo una pura apariencia, y podría justificarse señalando que existió toda una tendencia, un poco anterior al Frente Popular, pero más expresiva durante ese momento, a no otorgar reajustes a los precios agrícolas, manteniéndolos casi siempre en un nivel bajo. Este hecho pareciera confirmar la primera impresión a la que se aludió, de una contradicción entre burguesía moderna vinculada al sistema industrial y

el sector agrario. La burguesía industrial, para mantener su alianza con los sectores obreros y con los sectores medios, mantenía a su vez una política de precios agrarios bajos que favoreciera el consumo de los sectores menos privilegiados. Sin embargo, según el estudio realizado por Sergio Aranda y Alberto Martínez,⁶ el problema se planteó realmente en los términos siguientes: los sectores obreros, a través de sus organizaciones tanto sindicales como políticas, habían alcanzado un nivel de organización y de combatividad bastante alto. Por consiguiente, de otorgarse un reajuste en los precios agrícolas, se habría producido de hecho una presión fuerte sobre los salarios industriales. Por su parte, sectores obreros habrían intentado compensar el alza de los artículos de alimentación y artículos básicos en términos de mayores ingresos, lo que habría significado una serie de conflictos con la propia burguesía industrial. Si la burguesía industrial u otros sectores de la burguesía hubiesen tenido que dar satisfacción a estas demandas, se habrían afectado también de hecho las utilidades de las empresas no agrícolas. Como es evidente, el problema se habría hecho sentir en la combinación electoral existente. De modo, entonces, que la burguesía, durante el Frente Popular, estaba dispuesta a no conceder mejores precios a los agricultores, pero buscaría, sin embargo, alguna forma de compensación a este deterioro del sector de propietarios agrícolas. Como señalan en su trabajo Aranda y Martínez, la medida más socorrida en el período fue la de agudizar la explotación del campesinado y mantener una constante represión, tanto legal como extralegal, del movimiento campesino, y muy fundamentalmente de los intentos de constituir organismos sindicales por parte de los trabajadores agrícolas. Otro hecho que se hace necesario destacar respecto de la vinculación entre sectores agrarios y de la burguesía industrial, o de la burguesía comercial y financiera, es que el proceso que se generó a partir de los años que siguieron a la crisis de 1929 implicó también un desplazamiento de los propietarios agrícolas. Este

⁶ S. Aranda y A. Martínez, "Estructura económica: algunas características fundamentales", en *Chile hoy*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 133-134.

sector, que con anterioridad había establecido alianzas fundamentalmente con el sector de la burguesía comercial exportadora, ahora —por lo menos en parte— buscaba vinculaciones con la actividad industrial. De modo, entonces, que si la burguesía no estaba dispuesta a conceder beneficios al sector agrario en términos de mejores precios para sus productos, sí estaba dispuesta, sin embargo, a conceder que la tasa de explotación, por decirlo de alguna manera, fuera relativamente favorable a este último sector. Dicha situación se lograba a través de las dificultades impuestas para establecer mecanismos de reivindicación por parte del propio campesinado. Sin embargo conviene subrayar que frente a este proceso de explotación del sector campesino, los partidos de izquierda parecían más o menos impasibles; aún más, se ha señalado la existencia de un acuerdo táctico de los partidos obreros, tanto socialistas como comunistas, para no promover, durante el Frente Popular, la sindicalización agraria. El hecho concreto es que tanto el Partido Socialista como el Partido Comunista estaban formados esencialmente por grupos obreros de carácter urbano, o por mineros, cuya vinculación con el movimiento campesino era más bien de tipo ideológico. Las circunstancias anteriormente señaladas, vale decir, que el Frente Popular constituye una expresión política de la alianza de los sectores obreros con los sectores medios; que a través de esta alianza se buscaba un modo de convivencia con la burguesía; y que dentro de este modo de convivencia, el grupo de los terratenientes también lograba mantener una situación relativamente favorable, podrían enfatizar más aún la hipótesis de que el acuerdo político alcanzado no era simplemente con los sectores medios, sino también con la burguesía. Lo que de hecho hace posible esta alianza con la burguesía es la explotación del sector campesino.

Pero pueden agregarse algunos elementos más:⁷ la política de industrialización que se llevó a cabo durante el Frente Popular no se logró mediante un esfuerzo de inversión de los grupos

⁷ Hugo Zemelmann en E. Faletto, E. Ruiz y H. Zemelmann, *Génesis histórica del proceso político chileno*, op. cit.

dominantes. El desarrollo industrial, bastante significativo en la época, se alcanzó por el esfuerzo estatal y principalmente gracias a un aumento de los impuestos indirectos. De hecho, quienes pagarían el esfuerzo de industrialización serían los sectores asalariados. Este desarrollo de la industrialización favoreció no tan sólo a la burguesía, sino principalmente a los sectores medios, puesto que implicó, por ser una industrialización impulsada por el Estado, un aumento de la burocracia fiscal y semifiscal, lugar de ocupación preferente de los sectores medios. En este caso de alianza y colaboración de clases, el movimiento obrero a su vez iría cambiando paulatinamente de carácter y de contenido. Durante los gobiernos frentistas, las organizaciones sindicales contribuyeron decididamente a la paz social. Si se analiza el período del Frente Popular se podrá ver que fueron escasas las huelgas y los movimientos sociales. Es cierto que a esto contribuyó la posición del gobierno, que se autocalificaba como “amigo de los trabajadores”, pero quizás no fue ajena la participación de los organismos directivos de la central sindical de la época en la estructura estatal. Durante ese período, los dirigentes sindicales participaron, por ejemplo, como consejeros en la Corporación de Fomento en la Caja de Habitación, en el Consejo de Subsistencias y de Precios, etc. Todo esto haría posible que los grupos obreros sindicalizados pasaran a ejercer cierta influencia en los organismos de la política del Estado. Pero a su vez esta participación significó en los hechos una política de asimilación que tendría como consecuencia legitimar la alianza existente. Como resultado de la experiencia de colaboración entre las clases, el objetivo inicial del socialismo, con el que habían surgido los partidos Socialista y Comunista, tendía a desaparecer. Lo interesante, sin embargo, es que la polémica política en el ámbito de la izquierda de la época se centraba precisamente en argumentaciones a favor o en contra de la alternativa del socialismo. El que esta polémica no pueda ser caracterizada como discusión entre pequeños grupos ideológicos, se confirma por el hecho de que la votación del Partido Socialista alcanzó durante la época más o menos un 17%, y el Partido Comunista un 12%, lo que constituye un porcentaje bastante apreciable del

electorado en aquel momento. Como expresión de esta polémica, que se dio con bastante fuerza, podemos anotar lo que declaraba la oposición interna dentro del Partido Socialista. Ahí se señalaba que este partido, que había aparecido como partido de la revolución, debería luchar por su advenimiento; sin embargo, como partido de gobierno, aceptado por la burguesía, había olvidado, se decía, la revolución y había hecho todo lo posible para que las clases revolucionarias la olvidaran. El Partido Socialista, añadía, estaba experimentando todos los efectos perniciosos de la colaboración gubernativa con la burguesía, desarrollando una política de pactos y compromisos que lo succionaría.⁸ Por otra parte, el secretario general del Partido Socialista en ese momento declaraba lo siguiente:

[...] los socialistas no creemos que con el triunfo del Frente Popular, con la defensa de la Constitución y de las leyes, con un gobierno de partidos frentistas, vayamos a hacer socialismo, no, pero creemos que la unión leal definitiva de los partidos y sindicatos obreros con los partidos y sindicatos de la clase media constituye un frente popular capaz de dar al pueblo lo que necesita con urgencia inmediata.⁹

En suma, el socialismo dejaba de ser un objetivo inmediato y se producía el tradicional corte entre programa máximo y programa mínimo. El socialismo aparecía como objetivo a largo plazo, no abandonado pero sí trasladado, y lo fundamental en aquel momento pasaba a ser la realización de un programa no socialista, pero sí, se enfatizaba, alcanzable. El hecho concreto es que en la medida en que el objetivo del socialismo no era un objetivo presente, la conducción del proceso pasaba a otra clase.

Una vez más la situación internacional influyó decisivamente en la dirección que iba asumiendo el proceso interno. Con la entrada de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial,

⁸ Véase F. Casanueva y M. Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases*, Santiago de Chile, Quimantú, 1973.

⁹ *Ibid.*

los partidos comunistas incluso modificaron la táctica de Frente Popular. Se constituyeron las llamadas, en aquella época, *uniones nacionales*, que iban a significar una alianza de los más variados elementos sociales y políticos en contra del fascismo. Es de interés señalar lo que antecede, puesto que si en el Frente Popular de alguna manera permanecía presente cierto conflicto con grupos internos, caracterizados éstos como *oligarquía*, en la unión nacional el enemigo más importante era principalmente el enemigo externo. Esta consigna de “unión nacional” contra un enemigo externo fue aprovechada en Chile para ampliar la base partidaria del gobierno del Frente Popular. Se constituyó durante la presidencia de J.A. Ríos la denominada Alianza Democrática, donde casi todos los partidos políticos y la mayor parte de los sectores sociales obtenían representación en el gabinete. Pero no sólo tuvo importancia en aquellos momentos el cambio de táctica de los partidos comunistas, sino que además otras influencias ideológicas se hicieron presentes. Una de las importantes fue la política del *New Deal*, que logró penetrar en los sectores de izquierda. A modo de ejemplo se puede señalar que el Partido Socialista en 1941 proponía como programa presidencial transformar el impulso que había asumido la economía nacional durante el Frente Popular en una verdadera democracia social. El hecho concreto es que el socialismo dejaba de ser objetivo o meta que alcanzar, y que la alternativa aparecía constituida por un proceso de democratización, posibilitado por los logros obtenidos a través del desarrollo de la economía. El mecanismo propuesto para alcanzar esta democracia social de corte roosveltiano era una planificación central del Estado, en donde los trabajadores recibirían los beneficios. Recalcamos que, en esta perspectiva, la clase obrera o los trabajadores aparecían simplemente como los beneficiarios de un proceso de democracia económica social, pero no como los protagonistas de una nueva sociedad. El resultado fue que la política, tanto del Partido Socialista como del Partido Comunista, influidos por estas nuevas orientaciones de la política mundial, se tradujo sobre todo en una presión redistributivista. La forma de representar los intereses de los sectores obreros fue funda-

mentalmente no hacerlo ya en términos de su alternativa política, sino representarlos como grupos que pedían, dentro del ordenamiento social existente, una mejor distribución de los ingresos; el problema del poder se reducía a lograr sólo una mejor posición.

Esta política significó que recibieran los beneficios de la redistribución aquellos grupos mejor organizados dentro de la masa asalariada. Aún más: los grupos obreros, incluso los grupos empleados, ubicados en puntos estratégicos, tenían una mayor capacidad de presión, lo que implicó que la política de redistribución existente fuera exclusivamente aprovechada por estos sectores. Se dio lugar entonces a un proceso de diferenciación en el seno de la clase obrera, constituyéndose lo que puede caracterizarse con el tradicional término de “aristocracia obrera”. De todos modos, es importante señalar que la clase obrera, como tal, pasó a acentuar su heterogeneidad en términos de niveles de vida que dependían fundamentalmente de distintos tramos de ingresos. Pero no tan sólo se dio un proceso de diferenciación dentro de la propia clase obrera, sino que además tendía a aumentar extraordinariamente la distancia existente entre empleados —es decir, grupos de trabajadores de “cuello blanco”— y obreros. Los grupos medios, vinculados al sector público o al sector privado, fueron los que más elevaron sus niveles; esto no sólo se expresó en términos de sueldos y salarios, sino también en una llamada *legislación social*. Como varios autores han puesto de manifiesto, si se analiza, por ejemplo, el desarrollo alcanzado por la educación secundaria, éste fue mucho más importante que el alcanzado por la educación primaria, que avanzó lentamente, e incluso en algunos sectores tendió a estancarse.¹⁰

De modo, entonces, que se produce una separación fuerte entre el grupo de los empleados o de las personas vinculadas a los aparatos burocráticos, y el grupo de los obreros. A la vez tiene lugar una diferenciación en el seno de la propia clase obrera. Los grupos obreros mejor organizados se vieron tan afectados por esta diferenciación o distancia entre sectores medios y trabaja-

¹⁰ Véase A. Pinto, “Desarrollo económico y relaciones sociales”, *op. cit.*

dores, pero se produjo como resultado una tendencia a que éstos identificaran sus intereses ya no con el resto de los obreros, sino principalmente con los sectores medios. Por otra parte, algunos grupos dentro de los sectores medios, los más privilegiados, pasaron a reforzar, a través de la política de colaboración, su alianza con la burguesía. A esto no fue ajeno el propio mecanismo de la intervención estatal en la economía. Se ha señalado que la intervención estatal, en vez de crear conflictos entre la burguesía y los agentes estatales de intervención, posibilitó el contacto entre ambos grupos. Los sectores medios vinculados a los aparatos del Estado a través de la participación en los consejos de fomento, en los directorios de las empresas parafiscales, en las agencias de créditos, en las agencias del control cambiario, crearon estrechos lazos e intereses comunes con la burguesía comercial, con la burguesía financiera y con la burguesía industrial.¹¹

El proceso que tuvo lugar fue, brevemente, el que sigue: el aparato del Estado pasó a financiar el desarrollo de una serie de actividades industriales o de otro tipo. A través de éste se creó, por ejemplo, la mayor parte de las industrias metalúrgicas. El papel desempeñado por el Estado en la creación e impulso de actividades económicas implicó la posibilidad de que los grupos altos de la burocracia estatal pasaran a la acción privada, o por lo menos a una estrecha asociación de intereses entre ambos grupos. En este panorama de inserciones ventajosas en algunos casos, o desfavorables en otros, empezó a tener lugar un quiebre entre los partidos que componían el Frente Popular, como también dentro de los propios partidos. Por ejemplo, algunos grupos medios que habían establecido alianza de intereses con sectores obreros intentaron, en conjunto con éstos, tener una política de redistribución que los favoreciera, otros sectores medios ya vinculados a la burguesía intentaron detener la política de inversión, por medio del aparato estatal, para que no favoreciera el desarrollo de la industria con la cual habían establecido conexión. Otros sectores obreros, por ejemplo, quedaron fuera de la ya restringida política

¹¹ *Ibid.*

de redistribución, y empezaron a agitar un programa reivindicativo tratando de recuperar posiciones perdidas.

A toda esta serie de problemas que necesariamente implican alteraciones en el comportamiento político, y que iban a alterar necesariamente las condiciones de funcionamiento de la alianza del Frente Popular, se agregó el surgimiento de un nuevo factor externo: la Guerra Fría. Si el enfrentamiento al fascismo, como se ha dicho, había constituido una de las posibilidades para conformar el Frente Popular y la Alianza Democrática, el anticomunismo de la Guerra Fría posibilitó la justificación de un reagrupamiento de las fuerzas sociales para encontrar una expresión política distinta, que hizo posible reprimir el movimiento sindical y el movimiento político obrero. Con el pretexto del anticomunismo se logró reforzar una alianza entre sectores medios y burguesía, que permitió iniciar una política represiva.

Incluso se podría señalar que esa política represiva también afectó a los sectores obreros más o menos ventajosamente colocados, ya que la política gubernamental de ese momento estaba constituida fundamentalmente por la intención de detener la política de redistribución en términos de mejoramiento salarial. La forma legal que adquirió la represión fue la llamada *Ley de Defensa de la Democracia*, dictada en 1948, que sancionó el nuevo pacto político y la nueva orientación. De este modo se quebró el Frente Popular o las alianzas que lo habían permitido.

La represión del movimientos sindical y del movimiento político vinculado a los sectores obreros hacía pensar, como señala Aníbal Pinto, en la factibilidad de una alianza entre los partidos de centro y los partidos de derecha, es decir, entre sectores medios y burguesía, cuyas relaciones se habían ido haciendo cada vez más estrechas en los últimos años del Frente Popular. A esta alianza generada con anterioridad se sumaba como condición favorable una situación económica externa: la Guerra de Corea, que también resultaba positiva. Las posibilidades de la exportación cuprera, que constituían el eje de las exportaciones, aumentaban favorablemente. Todos estos hechos posibilitaban en alguna medida aumentar el gasto fiscal, claro que esta vez orientado al

crédito para los sectores probados de la economía. Era de esperar, señala Aníbal Pinto, una salida conservadora que implicara la consolidación del nuevo arreglo social y político. Sin embargo, aunque parezca extraño, no fue eso lo que ocurrió, sino que los gobiernos radicales del Frente Popular fueron reemplazados por un movimiento heterogéneo, y de corte caudillista y con muchos rasgos, por lo menos externos, de populismo. El movimiento, conocido como *ibañismo*, logró imponerse con una significativa mayoría electoral. Debe señalarse, aunque sea de paso, que no fue ajena en ese momento la influencia ejercida en ese movimiento por el peronismo. Muchos líderes o dirigentes del movimiento ibañista se identificaban ideológica y políticamente con el peronismo argentino.

Es interesante que se lograra agrupar detrás de la figura de Ibáñez —personaje bastante controvertido de la política chilena— una masa heterogénea de lo que Aníbal Pinto caracteriza como *los marginados de todas las capas sociales*; es decir, no se trata simplemente de que con el ibañismo hayan hecho irrupción los grupos actualmente llamados *marginales*, sino también una serie de sectores alejados de los distintos grupos sociales existentes, marginales con respecto a los sectores medios y a los sectores obreros, incluso marginales con respecto a la propia burguesía.

El fenómeno del ibañismo ha sido poco estudiado en el proceso político chileno, pero quizá no dejen de estar relacionados con su aparición fenómenos como los movimientos de migración interna desde el sector rural al urbano, proceso que se venía intensificando desde 1945. Esta migración interna significó un relativo cambio en el carácter de la clase obrera existente. Se incorporó a su seno una serie de individuos sin tradición sindical y sin tradición política. Señalábamos ya que se había ido produciendo cierta diferenciación en el seno de la propia clase obrera, que la política de la clase se había expresado durante el proceso anterior fundamentalmente en términos de presión por la redistribución; que a la vez los objetivos políticos de la clase obrera habían quedado relativamente al margen; a todo esto se agrega la incorporación más o menos masiva de grupos sociales

provenientes de la migración, que, como decíamos, es probable que hayan cambiado el carácter del movimiento de la clase obrera, precisamente por su falta de experiencia política y sindical. Por otra parte, la represión a la que aludíamos sobre los partidos obreros, tanto Comunista como Socialista, y sobre la organización sindical, hizo que estas organizaciones no pudieran incorporar a los nuevos contingentes dentro de sus moldes organizativos. Pero no tan sólo fue importante este fenómeno, el que los sectores populares u obreros no se expresaran preferentemente a través de sus partidos tradicionales, sino que encontraran expresión a través de este movimiento de tipo populista. También es de interés señalar la pérdida de adhesión sufrida por el Partido Radical con respecto a los sectores medios. El Partido Radical era el que tradicionalmente representaba a los sectores medios, en especial a los más vinculados con la burocracia del Estado. Sin embargo, ejerció influencias sobre grupos que podrían denominarse *pequeña burguesía tradicional*. Estos grupos de pequeños comerciantes, semiartesanos, etc., parecieron volarse fundamentalmente hacia el ibañismo.

El movimiento ibañista, que en el momento en que surgió alteró casi totalmente el panorama político chileno, tuvo una muy corta duración; no logró articularse en forma más orgánica ni tampoco pudo destruir las organizaciones políticas tradicionales. Éstas, es cierto, se vieron afectadas por el llamado “terremoto ibañista”, pero a corto andar volvieron a recuperar su significación. Es más, los partidos tanto de derecha como de izquierda, atemorizados por la marea ibañista, tendieron a protegerse mutuamente, incluso pasaron a utilizar a su favor la estructura parlamentaria existente.

Por otra parte, las condiciones económicas externas tampoco siguieron siendo favorables al gobierno, tal como lo habían sido en los últimos años del gobierno radical. En 1953, es decir, sólo a un año de la elección que llevó al poder a Ibáñez, la situación económica se deterioró como consecuencia de la segunda contracción de posguerra de la economía estadounidense, y el ritmo de la inflación, que era bastante significativo, pasó a acelerarse

fuertemente. La capacidad de resistencia al proceso inflacionario fue mucho menor.

Dos fenómenos interesantes fueron resultado de este sacudón de la política chilena que constituyó el ibañismo. Los sectores obreros, incluso los empleados, volvieron a buscar por los cauces tradicionales su forma de expresión. En 1953 se constituyó la Central Única de Trabajadores, que reunió tanto a obreros como a empleados del Estado y empleados municipales, lo mismo que a algunos grupos de empleados particulares y algunos sectores campesinos. La crisis del frente había significado crisis del movimiento político y desarticulación del movimiento sindical. El ibañismo dio origen a un movimiento al margen de los partidos y de las organizaciones sindicales tradicionales; sin embargo, implicó la posibilidad de las formas tradicionales de representación, que habían sido destruidas por la política represiva a partir de 1948. Empero, es interesante señalar que ahora, en el seno de la nueva organización sindical, aparecían representadas todas las tendencias ideológicas, no tan sólo aquellas a las cuales podríamos connotar como marxistas, sino también las tendencias representativas de la nueva ideología política de sectores medios y de sus alianzas. Apareció, por ejemplo, la Democracia Cristiana, y mantuvo su representación el Partido Radical. No obstante, junto a esta heterogeneidad de representaciones políticas, la declaración de principios que adoptó la Central Única de Trabajadores fue clasista, anticapitalista, y propició la construcción de una sociedad sin clases.

Pero si el ibañismo implicó la posibilidad de que los sectores obreros reencontraran un cauce organizado, también determinó la presencia decisiva de la derecha. El panorama que se presentó puede resumirse del siguiente modo: el ibañismo a corto plazo se diluyó como movimiento, los sectores obreros y medios lograron reorganizarse y volvieron a encontrar expresión a través de sus propias organizaciones; a la vez, la derecha, y por consiguiente los sectores sociales que así políticamente se pueden clasificar, nuevamente empezaron a tener una presencia decisiva.

En esto influyó bastante el acelerado proceso de inflación al cual hacíamos referencia. La inflación implicó efectos políticos y sociales que empezaron a conmover al país, de modo que entonces el gobierno se vio en la obligación de aplicar un programa antiinflacionario. El programa que se aplicó fue diseñado por la denominada Misión Klein-Sacks. Propiciaba una fuerte contención salarial y contó con el apoyo externo de Estados Unidos y el respaldo interno de la burguesía representada políticamente. El ibañismo, desde el gobierno, debió de hecho asociarse con los partidos de derecha, aunque muchas veces no entraron formalmente en la alianza política. Este apoyo parlamentario, o el apoyo político, fue decisivo para el mantenimiento del gobierno de Ibáñez.

Para los fines de estas notas es interesante destacar el nuevo carácter que asumió la expresión política de la clase obrera a partir de los puntos que estamos señalando. Ya anotábamos que la unidad sindical se reconstituyó en 1953, y la unidad política, en especial de los partidos Socialista y Comunista, se articuló en 1956 en el denominado Frente de Acción Popular (FRAP). El fundamento del programa de esta nueva articulación política de los partidos, por lo menos autodenominados obreros, es claramente indicativo de la nueva orientación que asumiría el movimiento de la clase obrera en Chile. Se señaló en este programa que

[...] el Frente de Acción Popular será una organización política unitaria de las fuerzas de avanzada, que concertará la acción de los partidos que la constituyen en el campo político, parlamentario, sindical y electoral. El Frente de Acción Popular se caracterizará fundamentalmente por ser núcleo aglutinador de las fuerzas que están dispuestas a luchar por un programa antiimperialista, antioligárquico y antifeudal. Su acción esencial se dirigirá a consolidar un amplio movimiento de masas que pueda servir de base social a un nuevo régimen político y económico, inspirado en el respeto a los derechos y aspiraciones de la clase trabajadora y dirigido a la emancipación del país, al desarrollo industrial, a la eliminación de las formas precapitalistas de la explotación agraria, al perfec-

cionamiento de las instituciones democráticas y a la planificación del sistema productivo con vista al interés de la colectividad y a la satisfacción de las necesidades básicas de la población trabajadora.

Como es posible ver en este resumen inicial del programa, el tema del socialismo ya no aparece planteado. Éste era fundamentalmente un programa antiimperialista, antioligárquico y antifeudal. Queremos enfatizar lo siguiente: no por primera vez surgen, como polo del enfrentamiento, los grupos denominados oligárquicos y el imperialismo, pero sí, como veíamos en los inicios del proceso, los enemigos; pero éstos, por así decirlo, eran los mismos, y la alternativa de esta dominación venía siendo el socialismo, con todas las dificultades que hemos señalado. Pero en este caso las alternativas a la dominación imperialista, oligárquica y feudal eran la industrialización y la eliminación de las formas precapitalistas. Es decir, ya no se asume una alternativa socialista, sino una modalidad que muchos autores han caracterizado como “la alternativa del desarrollismo”. Dentro de ésta, la clase obrera podía esperar una mayor satisfacción de sus necesidades y una ampliación del sistema institucional y democrático. Esto es, la alternativa del desarrollo implicaría para la clase obrera metas obtenibles dentro de las formas capitalistas.

Es interesante señalar que en esta nueva orientación, incluso frente a un resultado que fue favorable a la derecha en las urnas (a la experiencia del ibañismo sucede el gobierno de J. Alessandri), la política propuesta a la clase obrera fue fundamentalmente una que podemos caracterizar como *defensiva*. Se centraba esta proposición de política en la reivindicación de fuentes de trabajo, salarios mínimos vitales, reajustes de remuneración, construcción de vivienda y otras exigencias. En este programa, simplemente defensivo, se intentaba articular a los más vastos sectores. Ni siquiera se trataba de una política de repliegue de la clase obrera, que pudiese, a pesar de actuar en una situación desfavorable, mantener su identidad como tal; sino que esta política era propuesta al conjunto de sectores sociales que pudieran constituirse en aliados. En una declaración del Partido Comunista se explicitaba:

[...] los pequeños y medianos capitalistas, los industriales de la construcción, los mineros chilenos, gran parte de la burguesía nacional, incluso muchos de los que votaron por el propio Sr. Alessandri, también exigen y exigirán cada día más del gobierno medidas que signifiquen salir de la situación a que ha sido conducida la economía chilena. Son muy vastas y poderosas las fuerzas que pugnan por una revisión económica; por esto, ella es previsible en cierto grado dentro del marco de una política reaccionaria.

Incluso al enfrentar las elecciones de 1964, el Partido Comunista declaraba lo que sigue:

[...] los partidarios de la candidatura de Salvador Allende aspiran a constituir un gobierno popular, nacional, democrático, antiimperialista, antifeudal, antimonopolista y punto. El gobierno que queremos establecer no tiene ni se le pueden establecer otros alcances, los comunistas no andamos con santos tapados, y por esto declaramos una vez más que también queremos que Chile llegue a ser un país socialista y luego comunista, pero para alcanzar el socialismo, primero hay que hacer lo que ahora nos proponemos; cada cosa a su hora, cada tarea histórica a su debido tiempo.

Cabe preguntarse: ¿qué había pasado con el movimiento de la clase obrera para que la alternativa que planteaba adquiriese el carácter que señalamos? Por una parte, conviene hacer notar el surgimiento de un partido como la Democracia Cristiana, a través del cual un sector de la burguesía, en una amplia alianza pluriclasista, lograba plantear una plataforma de reformismo avanzado, lo que evidentemente quitaba aliados electorales a los partidos obreros. Además, la Democracia Cristiana había logrado incorporar a la masa independiente; sin embargo esto sólo explica una pugna por la ampliación de la base electoral. El problema está en determinar por qué la pugna se hacía desde una plataforma más o menos coincidente. A pesar de las frustraciones que hemos venido señalando, las alternativas de transformación, con toda esta paulatina tendencia hacia lo que podríamos calificar

de *reformismo* o de *aceptación de los moldes capitalistas*, habían sido siempre iniciativa de los denominados *partidos de izquierda*, y surgido en los sectores obreros o en los medios. Con el surgimiento de la Democracia Cristiana también empezó a proponer iniciativas de transformación desde la propia burguesía. Lo interesante entonces es que se dejó de lado la alternativa socialista y surgieron, como eje de las reivindicaciones, pretensiones de tipo burgués; pero éstas ya no eran propuestas tan sólo por sectores de la llamada *izquierda*, sino exigencias “burguesas progresistas” hechas por la propia burguesía. Para aclarar un poco este fenómeno conviene que nos detengamos en algunos de los elementos que señala Aníbal Pinto. A partir de 1960 se dio en Chile un significativo desarrollo de las actividades vinculadas a la producción de bienes de consumo duraderos o pesados, en todo caso bienes más costosos, tales como desarrollo de la industria automotriz o de industrias de televisores, artículos electrodomésticos, etc. Este hecho significó una activación industrial de otros sectores y, por consiguiente, un fortalecimiento de lo que podríamos denominar *burguesía nacional*. No tan sólo implicó esto, sino que también la disposición de este consumo tuvo una influencia conservadora sobre el resto de las clases sociales, ya sea porque algunos habían tenido acceso a estos nuevos bienes o porque otros esperaban tenerlos. Esto fue especialmente sensible en los grupos medios y en los asalariados de mayores ingresos. La influencia que señala Pinto actuaba también sobre la diferenciación que el propio desarrollo industrial había producido en la clase obrera, como asimismo en las distancias existentes entre la clase obrera y vastos sectores populares, fundamentalmente de pobladores marginales cuya inserción en el aparato productivo era por lo menos precaria.

Esta heterogeneidad de los sectores obreros y esta distancia con respecto al resto de los sectores populares significó que los obreros pertenecientes a las actividades industriales más modernas, o de avanzada, tuviesen un tipo de identificación subjetiva cuyo conocimiento es de interés. En una investigación hecha bas-

tantes años atrás,¹² se obtuvieron resultados que ilustran un poco lo que estamos tratando de explicar. En la planta de Huachipato, la acerería nacional y una de las más avanzadas en el país en esa época, al preguntárseles a los trabajadores por su autofiliación en términos de clase, se llegaba al resultado de que el 51 % de las personas encuestadas se autoclasificaban como pertenecientes a la clase media. Es de interés subrayar que esta autoidentificación con los sectores medios no implicaba una disminución de las actividades sindicales y de las actividades políticas, sino que éstas empezaban a caracterizarse por una mayor aceptación de las estructuras sociales existentes. El hecho de que los grupos obreros se consideraran como pertenecientes a los sectores medios no implicaba que por esta identificación abandonaran la política o la actividad sindical, sino que pasaban a cargarlas con contenidos de tipo distinto. Sus reivindicaciones iban a ser las propias de los sectores medios.

El hecho concreto que se puede colegir a partir de este pequeño indicador es que se acentuaba la tendencia a la aceptación de la hegemonía ideológica de la burguesía. Esto conviene ligarlo con lo que señalábamos anteriormente. La presión por transformaciones, aunque fueran dentro del marco del capitalismo, se había logrado a través de los partidos de izquierda o de partidos de centro, como el Radical, pero en alianza con los sectores obreros organizados política y sindicalmente. El surgimiento de la Democracia Cristiana implicó la posibilidad de que un sector de la burguesía, en una alianza pluriclasista, plantease una alternativa burguesa de modernización. El proletariado, que había sido de alguna manera incorporado a la hegemonía ideológica de la burguesía, también iba a perder entonces la posibilidad de mantenerse como expresión de la idea del cambio o de la transformación, y la propia burguesía podía ahora recuperar su capacidad de dirección de un proceso de transformación burguesa.

Este fenómeno de pugna entre un programa “protagonista” de la burguesía y “reformista” de la izquierda se expresó con fuerza

¹² *Ibid.*

en el problema agrario, que empezaba a adquirir cada vez mayor relieve. En las elecciones presidenciales de 1964, la candidatura de la Democracia Cristiana y la candidatura del Frente de Acción Popular plantearon una alternativa de reforma agraria que implicaba modernización y sindicalización campesina. De hecho, los campesinos tenían que elegir entre programas más o menos similares. Una alianza con la clase obrera no significaba, de acuerdo con lo que se planteaba, una salida socialista en el campo. Esto implicaba que la reivindicación campesina —fundamentalmente centrada en la tierra en muchos casos, pero que también exigía la representación política— tenía visos de realizarse, más bien, en alianza con una burguesía modernizante que con el proletariado. El hecho concreto fue que, a pesar de esta similitud de programas, la alternativa de la burguesía modernizante triunfó con gran apoyo electoral. Claro está que a ello no fue ajeno el volcamiento de la derecha tradicional; como siempre, en el caso chileno, también estuvieron presentes los problemas externos. La presencia de Cuba en el ámbito político latinoamericano no dejaba de teñir las postulaciones de izquierda, por tibias que fueran. Por otra parte, la articulación entre los distintos sectores de la burguesía no había desaparecido totalmente. Es decir, si surgió, representada por la Democracia Cristiana, una burguesía a la que podríamos calificar de progresista, la contradicción con el resto de los sectores burgueses no fue tan fuerte como para romper los tradicionales lazos entre ellos existentes. Es más, en la medida en que la realización del programa “progresista” de la burguesía implicó movilizaciones sociales que podían hacer peligrar la institucionalidad del proceso, o que podían hacer peligrar de algún modo cierto *statu quo*, la tendencia fue nuevamente buscar alianza con la burguesía en detrimento del resto de los sectores sociales, que inicialmente se habían movilizadо detrás del programa de la burguesía modernizante.

Sin embargo, nos interesa señalar, para poner fin a estas notas, que la experiencia de la burguesía progresista también fracasó, y que con el fracaso de esta experiencia volvió a abrirse la alternativa del socialismo. O más bien, quizás volvió a plantearse con

fuerza que la única salida a la crisis existente era respaldar decididamente una alternativa socialista. Quizá se pueda postular que fue precisamente el fracaso de la experiencia reformista o desarrollista lo que obligó a plantear a la clase obrera como alternativa, nuevamente, el socialismo. Pero ¿cuáles eran los problemas con los que esta alternativa ahora se enfrentaba? En términos de las relaciones entre las clases, varios autores o analistas de la política chilena han señalado que la alternativa del socialismo en Chile y de las modalidades que asume están determinadas en alguna medida por la permanencia o ausencia de una contradicción entre sectores de la burguesía tradicional y de la burguesía moderna. En términos políticos, la posibilidad de las fuerzas que se han propuesto la transición hacia el socialismo está dada por el hecho de que se mantenga una diferencia política entre el Partido Nacional y la Democracia Cristiana. Como es de todos sabido, cada día es más difícil pensar que permanecerán las condiciones que sostienen tal contradicción. Por otro lado, uno de los grandes problemas que enfrenta la construcción del socialismo, o la transición hacia el socialismo es, como se desprende de los apuntes que hemos hecho, la sustitución, o no, de la hegemonía ideológica de la burguesía por la del proletariado sobre los sectores medios. Queríamos anotar en ese ensayo que durante un proceso más o menos largo, aunque la alianza de clases se hubiese concebido como una alianza entre los sectores medios y el proletariado, de hecho detrás de ella se escondía la búsqueda de alguna forma de articulación o de relación con la burguesía, y que concretamente la ideología de la burguesía había sido hegemónica, primero con respecto a los sectores medios y también después con respecto al conjunto de los sectores obreros, o por lo menos a gran parte de ellos. La posibilidad de contar con el apoyo político y social de los sectores medios pasa entonces por la capacidad que tenga el proletariado para quebrar la hegemonía ideológica de la dominación burguesa e imponer su propia hegemonía ideológica con relación a estos sectores. El otro tema fundamental es el de la forma que pueda asumir la alianza de clases con los sectores del campesinado: hemos visto hasta el momento que el campesinado

fue el gran ausente en las alianzas políticas que logró establecer el proletariado. Que incluso el proletariado aceptó de alguna manera la marginación del campesinado del proceso político y del proceso económico. Que más tarde este último entró en una alianza con sectores de la burguesía con la finalidad de reivindicar sus propios intereses, expresados en términos de posesión de la tierra, en algunos casos —la mayoría quizá—, y también de participación en el sistema a través de los organismos sindicales o políticos. De modo que entonces se plantea para el proletariado la necesidad de definir la forma en que debería adquirir, en la nueva situación, la alianza entre proletariado y campesinado. Se suma a esto el problema de la unidad del propio proletariado. Hacíamos mención de la diferenciación entre las distintas capas proletarias, y no tan sólo de la interna en términos económicos, sino de la tendencia a que cada uno de estos sectores estableciera alianzas de interés con otras clases u otras fracciones de clases. Así, citábamos el caso de la tendencia a la alianza con los sectores medios y, por lo tanto, de una diferenciación con respecto a los propios sectores de la clase obrera. La posibilidad de una hegemonía proletaria pasa, como es evidente, por el requisito de constituir una unidad del proletariado. Agréguese además la necesidad de establecer vinculaciones estrechas con sectores que no están incorporados a lo que podríamos denominar con propiedad *proletariado industrial*. Hacemos referencia a los sectores llamados comúnmente *marginales*. Estos problemas de alianzas entre las clases, como es evidente, logran expresión a través de una forma de poder. El problema planteado es la capacidad del proletariado para generar sus propias formas de poder para con ellas enfrentar al poder burgués. Por otra parte, y para finalizar, aunque no es lo menos significativo, sino quizás lo contrario, es evidente que va a tener incidencia la coyuntura internacional. Hemos hecho énfasis, en estas notas, en los problemas vinculados con la trayectoria histórica de la clase obrera, y quizá algunos de los elementos que aquí hemos señalado puedan dar claridad sobre el tema inicial, es decir, cuál es la posibilidad de la revolución socialista en un país como Chile. Tenemos la impresión de que algunos de los

elementos a los cuales apuntamos dan cuenta del “movimiento” de la clase obrera, en términos de su experiencia política y de sus experiencias gremiales, y por consiguiente creemos que contribuyen a plantear las dificultades, pero también las alternativas por las que puede pasar la construcción del socialismo en Chile.